

laponos, de samoyedos, de aztecas, y no podemos lograr un cráneo procedente del país de esta señora! Al menos, señora, dignese usted decirme si prevalece la dolicocefalia ó la braquicefalia."

En tan inofensivas disquisiciones entretuvimos la comida, que no terminó antes de las doce de la noche.

## CARTA IX

## COCHEROS Y REPRESION

París, Junio 14.

Los cocheros de punto, ó *simones*, como en Madrid se dice, son (hablando en general) la casta de gente más sóez y gruñona que Dios echó al mundo. La mitad de las desazones que sufre el infeliz viajero cuando sale de su casa con el honrado propósito de echar una cana al aire y romperles el alma á unos cuantos duros, son debidas á la gente cocheril. Si á los que no tenemos trazas de provincianos consiguen explotarnos siete veces al día, ¿qué será al cándido ciudadano provisto de saco y gemelos, ignorante de las calles y de las tarifas, deseoso de llegar pronto, y determinado á no reparar en peseta arriba ó abajo? Con las tretas de los cocheros se podría hacer un libro, lo mismo

que se ha hecho un diccionario de germanía con sus injurias y palabrotas.

\* \* \*

Aquí estos días andan picados de la tarántula. Han comprendido que el éxito de la Exposición era completo; que el Gobierno y el país lograban con él satisfacción y gloria; que los industriales parisienses se redondeaban, y que la nube de forasteros que diariamente arrojan sobre la metrópoli los trenes necesita ante todo hallar expeditos los medios de locomoción. Omnibus, ríperes, tranvías, vapores-moscas, carruajes de lujo, todo es poco para la muchedumbre; y los catorce ó quince mil alquilonos que en París existen son tan indispensables como el pan para la boca. Desde que estoy aquí, puede decirse que habito en un coche de punto. ¿Cual será mi consternación al verme amenazada de desahucio? Momentos son estos en que acude á la memoria el socialista aforismo: "¡Lo que conviene al pueblo, es ley suprema!" ¿Por qué no hace el Alcalde de París una alcaldada (las alcaldadas son excelentes cuando son oportunas) y manda á la cárcel á dos mil cocheros atraillados como galgos, ó siquiera al sindicato que les fomenta sus inoportunas pretensiones? ¿Por qué no se improvisan en el ejército cocheros (no serán peores que los que cocheaban ayer y se niegan hoy á seguir cocheando) y se deja á esos vándalos con un palmo de narices?

¿Creen ellos que no hay sino comprometer el éxito de una empresa cual la Exposición, donde se han tirado millones y donde está empeñado el decoro de Francia, y que puede la cosa quedarse así y estar toda Europa pendiente del antojo de un hato de *malcalzados*, como diría el poeta del Romancero?

Asegúrase que el Gobierno se da prisa extraordinaria para arreglar el conflicto, sin que se produzca una subida de precios muy desagradable para la gente forastera. Veremos cómo lo logra, pues de otro modo no sé qué va á ser de los extranjeros.

\* \* \*

También la política ofrece alguna amenidad y encrepamiento hoy. Mucha gente anda con las orejas gachas y el corazón no mayor que una fresa, desde que se han sorprendido los papeles de la correspondencia del General. ¡Setenta mil cartas se encontraron! Y digo yo: ¿Por qué le llaman liberal á un régimen bajo el cual implica un peligro serio el escribir á determinado personaje político diciéndole: "me agradan sus ideas de usted, y celebraré que prevalezcan y se impongan?"

También se me ocurre nuevamente que el país francés no puede prescindir de la sombra de la Monarquía; y lo prueba lo mucho que llevan y traen á Carnot y á Madama Carnot en esta ocasión solemne para contrarrestar la popularidad del desterrado. El viaje del Presiden-

te ha sido un remedo de viaje regio, con sus salvas, su acompañamiento, sus dispendiosos banquetes, sus entusiasmos de fabricación oficial, sus comisiones y grupos con ramitos de flores, sus discursos, sus vivas, todo cuanto suele acompañar el paso de un monarca. Al lado del ídolo Boulanger, se pretende erigir la estatua de Carnot. Las naciones latinas no pueden avenirse al símbolo abstracto, á la seca fórmula: necesitan encarnar la opinión en un ser viviente y real.

A esta entronización de la persona va unida fatalmente una dosis de represión contra los enemigos de ella, más que del régimen. Aquí se habla muy en serio de persecuciones y de golpes de Estado; y algo semejante á los ya caducos procedimientos de la época imperial es el arresto de los principales bulangistas en Angulema. Llegados á esta ciudad por el tren de las diez y media Laguerre, Derouléde y Laissant, para dar una conferencia revisionista y presidir un banquete monstruo de quinientos cubiertos; recibidos con entusiasmo en la estación; aclamados, obsequiados con los indispensables ramilletes de claveles rojos, flor simbólica de Boulanger, la tropa interrumpe la manifestación descargando sablazos de plano y arrestando á los más entusiastas, y luego á los tres viajeros, á la puerta misma del hotel en que iban á tomar descanso. "¡No gritéis viva la República, que os prenderán!" exclamaba el fogoso Derouléde. "¡Gritad vivan los ladrones, y ya veréis cómo no os hacen nada!" En suma, los viajeros y sus ad-

miradores han sido conducidos á la cárcel, y el Comité nacional ha protestado diciendo que la patria está en peligro, y que la seguridad del ciudadano es palabra baldía.

Más ¿qué le importa todo esto al viajero que se refocila en los cafés, *bars* y hospederías de la Exposición, que acude á la malograda fiesta de las flores, que anda de tienda en tienda, que no pierde ripio, y que se pasa el día abriendo la boca ante la torre Eiffel y las maravillas de las distintas instalaciones? ¡Buen cuidado nos dan las armonías de Bismark y de Crispi, la anunciada hégira del emperador de Alemania á mi país, la prisión de los bulangistas, la llegada de los príncipes de Gales y la riña de gallos del Parlamento español, entre Martos y Sagasta (riña que, según parece, ha comenzado como el argumento del poema *Los Niebelungos* y los romances de los infantes de Lara, por una disputa de mujeres). Lo que nos tiene con el alma en un hilo no es la actitud de Tisza ni los planes de Derouléde, sino... la actitud y planes de los cocheros de punto. Si nos quedamos á pie en mitad de París, con este calor, engancharémos el caballo Pegaso á una carreta, y volaremos en alas de la poesía, siquiera no sea moda.

## CARTA X

## GENTE MENUDA

París, Junio 29.

Hoy, por descansar algún tanto de la Exposición, resolví llevar á mis dos chiquillos, Jaime y Blanca, á ver el Museo Grevin, que no es sino una colección de figuras de cera, pero maravillosa, digna de competir con la universalmente célebre de Tussaud, en Londres.

Actualmente se piensa mucho en complacer, divertir y alegrar á los niños: nuestro siglo consagra á esos capullos de humanidad atención preferentísima y culto idolátrico; se les mimaba bastante, y se encuentra placer en despertar sus tiernas imaginaciones á la noción de la vida y del arte, y en allanarles el camino de sus primeras etapas. Así se explica el que me haya traído nada menos que á la Exposición parisiense á dos personajes de trece y diez años no cumplidos, y les enseñe (con la ilusión de que no pierdo el tiempo) cuadros, estatuas, bailes exóticos, instrumentos científicos, teatros y jardines.

Fue lo más sabroso del mundo la emoción de mis dos muñecos en presencia del artístico Museo Grevin. La figura de cera, que en nuestro siglo ha llegado á suma perfección, aun cuan-

do en el XVI la alcanzó tal como lo prueban los retratos en cera que conserva el Museo del Louvre, se diferencia de la escultura en que ofrece evidente carácter dramático; si con alguna escultura pudiese compararse, sería con nuestras antiguas imágenes vestidas, que tienen de madera la cabeza y las manos, y ostentan un realismo enérgico y aterrador. Ignoro por qué misteriosa relación de la materia con la forma artística, lo que mejor cuadra á la madera y á la cera son las escenas trágicas y las expresiones violentas, así como el mármol parece que no es capaz de expresar pasiones, y sí sólo majestad olímpica, serenidad y reposo. Tussaud y Grevin, los dos famosos coleccionistas, no lo ignoran, y han sacado gran partido de las reproducciones de crímenes y muertes.

En la niñez, la vista de una galería de figuras de cera causa siempre unas miasmas de susto, unidas á misterioso deleite, que nace del juego moral, del terror ficticio y puramente cómico. La niñez ama la ficción del peligro, y todos los chiquillos se crecen cuando pueden decir: "pues yo ví el asesinato que está en las figuras de cera y no tuve miedo ninguno." Blanca, la criatura que va á cumplir diez años, entró en la galería, pálida, con sus ojos de azabache dilatadísimos, cogida de mi mano y apretándomela fuertemente sin darse cuenta de ello; en cambio Jaime, el caballerito que frisa ya en los trece, se reía y burlaba de la actitud de su hermanilla, y se metía en las salas como trasquilado por iglesia, haciendo muecas á los figuro-

nes más payorosos ó á los más respetables personajes de la colección.

\* \* \*

Y por allí andaban los que Europa conoce y admira, los que más influyen en su destino: Bismarck, con sus mandibulazas de perro dogo; la reina Victoria, con su corona de Emperatriz; Lesseps, muy respetable; el Zar de Rusia, tan marcial; Chevreuil, el centenario, luciendo las venerables canas; Zola, respingando la nariz y guiñando los ojos; Daudet, con su cabellera merovingia; luego las escenas compuestas lo mismo que un cuadro, perfectas en su desempeño, que se confunden con la realidad: el cuarto de la bailarina en la Grande Opera, el palco del administrador en la Comedia francesa, durante un ensayo, el donosísimo "grupo de académicos," la enamorada pareja que charla al amparo de una columna; la "audiencia en el Vaticano," con la ascética figura del Papa allá en el fondo y el admirable guardia suizo en primer término; el artístico cuadro de Luis XVI y su familia en la prisión del Temple; la imprenta clandestina nihilista sorprendida por la policía rusa; el asesinato de Marat—que es otra obra de arte—y, por último, la historia completa de un crimen, desde que el asesino, torvo y feroz, clava el puñal en el pecho de la víctima y violenta el cofre de hierro relleno de billetes y valores, hasta que, pálido é inerte, es condu-

cido á resbalar sobre el fatal tablado de la guillotina.

La niña se apretaba más contra mí, y no queriendo ver esta serie de horrores, los miraba, sin embargo, fascinada por el espanto mismo. Sus finas facciones, que parecían de cera también, estaban más descoloridas y espirituales que nunca, y su corazoncillo latía fuertemente. Determinamos sacar de allí la gente menuda y llevarla á que concluyese la tarde en la Exposición, á fin de desimpresionarla del terror.

En la Exposición está todo muy bien arreglado para los niños, y se les ve correr y rebotar por allí, divertidos, traviesos, sin desmentir la precoz cultura de los chiquillos franceses, que no rompen ni echan á perder cosa alguna. Tienen los niños su Palacio especial, su teatro infantil, su lechería, sus puestos de rosquillas y tortas: cuanto pueden necesitar, cuanto puede recrearles. Mas lo que hizo felices á los míos, fue el *Tío vivo* marítimo. El *Tío vivo* de la Exposición consiste en un inmenso círculo, que cubre una tela pintada imitando las olas del Océano. Varios barquitos sustituyen á los caballos de madera; y apenas los niños se embarcan, empiezan las olas á encrespase, á columpiarse los navíos, á producirse el fragor, la agitación y el desorden de una tormenta. Así se están un cuarto de hora, disfrutando eso que he llamado la ficción ó remedo del peligro. Blanca se agarraba á los palos del buque, y desde tierra oíamos sus chillidos, vueltos risas

cuando la conciencia de que el mar era de lienzo la tranquilizaba un poco.

Este pabelloncito se llama en el lenguaje técnico de la Exposición, Pabellón del Mar. Del mareo debiera llamarse; y hay quien explica lo que allí sucede nombrándolo "el marco en tierra firme." En efecto, parece que el arte exquisito del que ideó semejante diversión consiste en haber logrado que se produzcan todas las bascas, sufrimientos y agonías del mareo, sin necesidad de arriesgarse en los procelosos mares.

\* \* \*

De allí pasamos al llamado "Palacio de los niños," aunque en realidad no está dedicado á la infancia; pero el rótulo atrajo á la gente pequeña. Verdaderamente es un teatro, con el añadido de algunas tiendas. Cierta que no faltan, para los muchachos, el teatrillo guiñol, los billares y circos mecánicos, las payasadas, los escaparates llenos de juguetes. Pero no creo que sea para los rapaces gran entretenimiento la vista de la *Hermosa Fatma*, que allí se enseña, ni la representación de las funciones de teatro exhumadas del período revolucionario, verdadera curiosidad literaria; el *Barbero de Sevilla*, con música, no de Rossini, sino de Paisiello; *Raoul de Créqui*, con música de Dalayrac; *La tarde tempestuosa*, opereta política; *Nicodemus en la luna*, parodia reaccionaria; *Madama Angot*, no la moderna y conocidísi-

ma, sino la madre de la actual, que se representaba en 1795; *Los verdaderos descamisados*, ó *La hospitalidad revolucionaria*, pieza escrita en el año 1794, y la *Partie carrée*, que subió á escena durante el apogeo del Terror, y donde no hay papel de mujer. Es un repertorio que me agradecería conocer entero.

Desde el Palacio de los niños nos fuimos á ver la esfera terrestre monumental. Esta esfera (muy propia para fomentar la afición á la geografía, hoy tan desarrollada en los rapaces) está sostenida en una especie de torre de fundición, y hace oficio de reloj, señalando horas, minutos y segundos. Se sube al globo por una escalerilla que ocupa el interior de la torre. Para dar idea de la magnitud del globo, sólo diré que forma una sala con una galería en figura de hélice, capaz para que trescientas personas puedan ver funcionar los motores mecánicos. Cuando termine la Exposición, este artículo irá á adornar un jardín de París.

Hay trabajos defectuosos y aun censurables desde el punto de vista del arte ó de la ciencia: pero que, incompletos y todo, llenan bien un fin pedagógico: el de instruir, estimular y abrir los horizontes de la vida á la infancia. ¿Qué lección de historia *verbal* ó *leída* equivale á la lección *vista* que da á unas criaturas la criticada y no del todo afortunada tentativa de Carlos Garnier, conocida por *Historia de la habitación humana*?

Carlos Garnier es el arquitecto de la Grande Opera y pasa por erudito en arqueología. Su

ensayo de exposición retrospectiva de la vivienda humana es, acaso, lo que ha resultado más mezquino y pobre en el Campo de Marte: además (y esto era inevitable), se le tacha de poco exacto, de caprichoso, de haber visto con la imaginación puramente. Si á Flaubert, que se gastó años y años en estudiar los detalles de su *Salambó*, pudo acusársele de inventor gratuito, ¿qué había de suceder al que en pocos meses intenta una reconstrucción de la morada en todos los países del globo y en todas las épocas de la historia? Hay que admitir en este caso las circunstancias atenuantes.

El complemento de la idea de Garnier fue colocar en cada vivienda los inquilinos que le corresponden. Así se obtiene en mayor grado el color local y la fisonomía propia.

La exposición empieza por las habitaciones troglodíticas, que eran, según asegura la prehistoria, unas cuevas ó espeluncas negras. Por allí dícese que andaban nuestros antecesores, hechos unos mostrencos,

*priusquam ferri cognitus usus.*

En pos vienen las construcciones de la época del reno, que tampoco son ningún palacio de Murga; y las siguen las de la época neolítica, y de la piedra pulimentada ya. Luego una muestrecilla, algún tanto mezquina, de las habitaciones lacustres: un charco y unos postes. Por supuesto que las habitaciones primitivas carecen de inquilinos. No era cosa de tener á un

pobre diablo metido todo el día en una caverna ó colgado sobre un charquito, para mayor edificación é ilustración de los espectadores. Y además, ¿cómo se resolvía la cuestión de traje? Los de los tiempos prehistóricos no salvaguardan lo bastante el pudor moderno; pues parece cosa averiguada que los canibales y trogloditas no usaban más vestidura que aquella que le arrancaron á San Bartolomé.

\* \* \*

Seguimos nuestra excursión prehistórica visitando la casa egipcia, donde se venden multitud de chirimbolos sacro-arqueológicos encontrados en excavaciones y sepulturas, momias de cocodrilos, de icneumones, de gatos, de serpientes, y una carretada de dioses de barro, baratísimos: por una friolera adquirí un Horo que estará muy bien entre otros *bibelots*. De allí pasamos al palacio asirio, al monumento fenicio y á la tienda judía. La casa etrusca es una de las que mejor han salido sin responder de la exactitud, que tiene un aspecto curioso y que huele á verdad. Es una hostería-taberna, con sus muebles, su cocina, su horno, sus ánforas, sus sirvientes, sus letreros de la época. Cerquita está una cabaña pelásgica, hecha con bloques ciclópeos, y á seguida llega Oriente con sus arquitecturas luminosas y pintorescas: el pabellón indio, el persa, donde sirven uno de los más aromáticos y ricos cafés de la Exposición, tan espeso, que se masca.

En casi todas estas casitas se vende ya algo de comer. En las habitaciones troglodíticas, no era posible, á menos que nos sirviesen un *bistecque* de lomo humano; pero en la casa gala se puede probar el vino de cebada; en la griega, hidromiel y miel del monte Himeto; y en la rocedimientos primitivos de Venecia.

¿Qué más diré de esta colección de juguetes arquitectónicos? Hay una cabaña escandinava, donde los descendientes de los *reyes de mar*, los pescadores noruegos, hacen ciertos trabajos que venden muy arreglados. Hay luego la casa románica y la del Renacimiento, construcciones elegantes y de un estilo puro. De éstas, al menos, puede hablarse con conocimiento de causa, pues á cada momento y en todas partes de Europa se conservan vestigios que permiten juzgar del acierto de la imitación. La casa árabe está llena de colorido y la habitan hermosas judías de Argel, con su lindo traje oriental. El Japón está representado por un pabelloncito, y China por una pagoda con sus imprescindibles campanillas y tejados en figura de flor, superpuestos. No faltan la cabaña lapona, la cabaña del Africa central, un *vigwam* de Pieles Rojas, una casa azteca, un templo inca ó peruano.

Con haber tanto... lo repito, la historia de la habitación, anunciada á golpes de bombo y platillos como uno de los grandes atractivos de la Exposición Universal, no *alcanza*.